

Gracias a los gramófonos las voces de los años veinte se oyen por todas partes. El tango se pone de moda y termina el período con el fox americano. Jorge Capdevielle representa en exclusiva a la casa Odeón. Sus anuncios de prensa ofrecen las nuevas canciones de Pastora Imperio, Raquel Meller y Carmen Flores<sup>27</sup> entre otras. *La Argentina*, amiga años más tarde de García Lorca y Alberti, triunfa en el teatro *Principal*, en 1919. Torea en Cáceres *Angelete* un mano a mano con Ignacio Sánchez Mejías, el torero escritor que reunió al grupo poético del 27 en un homenaje a Góngora en Sevilla, fecha clave para la edad de plata de las letras hispánicas.

Bonifacio Gil inicia la recogida del folclore musical en distintos puntos de Extremadura y Manuel García Matos la colección de folclore español con abundantes materiales recopilados en esta región. Se da a conocer la pianista Ángela Capdevielle, discípula de Ricardo Rossich.

Tras este panorama hay que indicar que la intelectualidad extremeña ha estado presente fuera del territorio regional. Muchas veces por imperativo necesario para los pensadores. Este fue el caso de Roso de Luna, que se traslada en 1905 de su Logrosán natal a Madrid, donde funda el Centro Extremeño, donde *La voz de Extremadura*, su revista, fue grito que se hizo oír en el panorama cultural español.

Con versos del Padre Salas, después de repasar varias decenas de hombres ilustres nacidos en Extremadura, me despido de ustedes, pidiendo su comprensión porque:

tan grande, y abundante es el sumario,  
que á pesar del esfuerzo de mi pluma,  
no caben en la copia reducida  
de tan corto, y conciso prontuario<sup>28</sup>.

ANTONIO VIUDAS CAMARASA\*  
Real Academia de Extremadura

<sup>27</sup> Muñoz de San Pedro destaca su origen extremeño y el mérito de haber popularizado infinitas canciones, *La ciudad de Cáceres*, pág. 262.

<sup>28</sup> *Elogios poéticos...* pág. 126.

\* Conferencia pronunciada el día 29 de noviembre de 1999, en el Homenaje al Conde Canilleros (Cáceres, 1899-1999), en el salón de actos de la Caja de Extremadura en Cáceres.

## El Cáceres de don Miguel Muñoz de San Pedro

El 28 de diciembre de 1899 el Conde de Canilleros vio la luz, en un día del invierno cacereño y en el seno de una familia aristocrática de la ciudad.

Cáceres, había conseguido el tan ansiado ferrocarril, que por un trazado rocambolesco, no le situó en la línea Madrid-Lisboa, propiamente tal. Y en fecha, casi inmediatamente anterior a aquel diciembre de 1899, la comunicación hacia Sevilla y Salamanca estaba asegurada, y con ella hacia Astorga, con una línea férrea al servicio de la trashumancia, que seguía paralela a la calzada romana de la Vía Lata o camino de la Plata, descongestionándola y haciendo más rápida las comunicaciones de Cáceres con la universitaria Salamanca o los veraneaderos para el ganado trahumante de las montañas astúr-leonesas.

¡Aunque parezca mentira!, a cien años del nacimiento de Don Miguel Muñoz, nuestras comunicaciones ferroviarias eran entonces más completas, que en la actualidad.

Grandes mejoras en muchos aspectos había conocido Cáceres, así, la asignación de un Batallón fijo, años antes, gracias a la influencia del último capitán general de la, con él extinguida, Capitanía General de Extremadura, don Federico Ezponda y Morell. Y que se trató de alojar en una parte del flamante Hospital Provincial, como años después se pensaría con el primer Regimiento fijo con que contó la ciudad.

Este edificio, moderno y capaz hospital, construido por la Beneficencia Provincial, se había levantado en el futuro ensanche de la ciudad, en el eje de la carretera de Castilla, donde también había surgido

un paseo, con quiosco de la música incluido, el Paseo de don Nicolás Carvajal, hoy de Cánovas.

Fue don Nicolás Carvajal, el alcalde de Cáceres que presidió el Ayuntamiento creador, en 1896, de la Feria de Mayo, tres años antes del nacimiento del Conde de Canilleros.

Pero la Guerra de Cuba, la pérdida de las Filipinas, y las usurpación por parte de Norteamérica de Puerto Rico, la colonia que nunca se sublevó contra España en su modélica fidelidad, provocó un clima de derrota moral, física y económica.

Moral por la excesiva euforia de los que, en la víspera, afirmaban: Nada podrán los «salchicheros de Chicago» contra los nietos de los aguerridos tercios españoles.

Derrota física de tantos jóvenes allá fallecidos, cuantos repatriados, atezados por la enfermedad o la mutilación.

En lo económico, la guerra se afirmaba que había costado un millón de pesetas plata. Esfuerzo inútil. Más aún desastrosa sería la pérdida de un mercado para la importación privilegiada de productos coloniales de gran aceptación en los mercados europeos y receptor de nuestras exportaciones de manufacturados, especialmente tejidos.

También de regeneracionismo en una parte de la intelectualidad, que busca la regeneración de España mediante el trabajo riguroso y callado, Don Santiago Ramón y Cajal, que también experimentó en sus carnes los sufrimientos de aquella juventud combatiente en Ultramar, como don Julián Ribera, son un ejemplo.

Cáceres, también se sumó al regeneracionismo, cuando un grupo de eruditos locales inquietos y abnegados, capitaneados por Publio Hurtado, van a dejar constancia de su ilusión, trabajo y hasta desprendimiento material, con la fundación de una revista que para sí quisieramos hoy, LA REVISTA DE EXTREMADURA, precisamente, cuando se tratase de un presagio alentador, en el mismo año en que nace el Sr. Muñoz de San Pedro.

Otros ven la solución a los males de España, mirando al exterior, cuando si la nación no tuviera en sí capacidad para regenerarse, son los que buscaban «europeizar España» como don Miguel de Unamuno.

En la Semana Santa de aquel año de 1899, se estrena, donado por la Familia Fernández de Castro y procedente de talleres barceloneses, el Paso de la Oración en el Huerto, que deja en desuso el, ya centenario, paso de tal misterio, con un «sui generis» huerto de los olivos, representado por un naranjo y que, después, recorrería durante muchas Semanas Santas las calles del Casar de Cáceres y, por último, las de Santiago del Campo.

El nuevo paso parecía también un presagio y, tras no pocas vacilaciones y períodos de atonía, del resurgir de nuestros actuales desfiles procesionales pasionistas.

Es más, aquel año 1899, se había iniciado con la buena nueva de que Cáceres contaría con agua corriente, al constituirse en los primeros días de aquel año, en lugar, un tanto extraño, Teruel, la Compañía de Aguas de Cáceres, concesionaria y distribuidora de la que se extraía en la explotación minera de Aldea Moret.

Sociedad que con el tiempo, mucho tiempo, algunos concejales cacereños cayeron en la cuenta, que era una compañía fantasma, hijuela, en los días de su creación, de la Sociedad General de Fosfatos, más tarde, Sociedad General de Industria y Comercio, que después fue la Unión Española de Explosivos, continuadora de aquellas en la explotación de tal coto minero.

El problema y la justificación de la creación de tal Compañía, eran los elevados costos que arrastraba la explotación de los fosfatos de Aldea Moret, como consecuencia de la gran cantidad de agua que debía extraerse de las galerías de la explotación minera. Aprovechada en el abastecimiento de la población se conseguía en buena parte paliar aquellos costos, pues no eran las instalaciones, con que contaba la citada compañía modélicas sino, por el contrario, elementales.

Sin darse cuenta el Municipio, y no faltaron en tan lejanas fechas quienes lo intuyeron, se metía en «la boca del lobo». Se amenazaba a la Compañía, por parte del Ayuntamiento, con traer agua de donde fuese, si no cumplía con sus obligaciones, y casi, al unísono, la compañía minera dejaba planear sobre la ciudad el rumor de un posible cierre.

Pero de aquel Cáceres, cuyas calles se alumbraban, en sus noches, con la temblorosa llama de los faroles de petróleo y, en el día, cono-

cía del ruido de los carruajes y de los cascos de los caballos y mulas que de ellos tiraban. O de aquella ciudad, en cuyas calles, de mayor o menor anchura, se sucedían calzadas, aceras y fachadas sin solución de continuidad, que gran diferencia existía, con respecto a las que conoce el Conde de Canilleros en sus últimos días: Con su iluminación eléctrica; sus guardias de circulación, que la intensidad del tráfico rodado de tracción mecánica exigió, cuando ya caballos, mulas, bueyes y otras acémilas, resultaba muy raro verlos, transportando sobre sus lomos mercancías o aplicados a la tracción de carruajes, cuando las modernas avenidas y las antañonas calles conocían desde muchas décadas antes de la iluminación eléctrica y las guirnaldas verdes de las hileras de arboleda ponían solución de continuidad entre las calzadas y aceras de las nuevas avenidas y bulevares. Portugal, Alemania, N<sup>o</sup>. S<sup>a</sup>. de Guadalupe, de la Montaña, Ronda del Carmen, Hernández Pacheco o Hernán Cortes.

\* \* \*

Casi al unísono de su nacimiento se habían establecido en Cáceres las Siervas de María, comunidad que, dedicada al cuidado domiciliario de enfermos, contó con el general beneplácito de todas las clases sociales, como ha contado hasta su reciente desaparición cuando, a punto se encontraba de cumplir el primer centenario de su establecimiento en la ciudad.

Muy niño era el conde de Canilleros, cuando la población infantil de Cáceres padeció una epidemia de difteria, que se extendió de San José a Santa Gertrudis y en el Camino Llano, desde Santa Apolonia hasta San Francisco.

Apenas contaba con cuatro años don Miguel Muñoz de San Pedro, cuando Cáceres estrenó una empresa, dedicada a la producción de energía eléctrica que permitió sustituir las lámparas de petróleo por otras eléctricas; aunque el Ayuntamiento cacereño se sintiera engañado por aquellos que, llegados de Cataluña instalaron una maquinaria, totalmente trasnochadas.

Entre disgustos y desengaños, nació la electrificación de Cáceres, aunque él, como otros cacereños, de los que contabilizaban los siete u ocho años de edad, admirarían la intensa luz con que se alumbró la Plaza Mayor, mediante un arco voltaico, cuya sustitución diaria de sus

electrodos de carbono constituía, todos los atardeceres un espectáculo gratuito, capaz de congregarse a la flor y nata de la chiquillería, que disputaba hacerse con uno de aquellos electrodos usados, que pasaban casi siempre a ser patrimonio de los más aguerridos. El invento se hizo llegar hasta el recién denominado Paseo de Cánovas, que así quedó iluminado; aunque la cuenta de tal consumo hizo mella en las débiles arcas municipales y se optó por cortar las horas de encendido de tal iluminación.

Desde 1890 se había iniciado la construcción de una vía de acceso a la Plaza Mayor, desde la Puerta de San Antón, hecho que supuso entonces la desaparición de la Ermita de tal Santo y el ensanche de la calle de su nombre.

En 1902 una nueva etapa de dicho proyecto se consuma al derribar la vieja y primitiva ermita de San Juan, situada en la Corredera de San Juan, a la salida de la calle Gallegos, y con ella una manzana de casas que avanzaban hacia la Corredera, dejan en sus traseras una calle hoy inexistente, calle de Ovando.

El proyecto, en su tercer tramo, actual Gran Vía, tardaría casi treinta años en concluirse.

En su infancia, la ciudad seguía abasteciéndose, como desde siglos, del agua que producían el rosario de fuentes que rodea Cáceres y especialmente la del Concejo. Pero en 1918 el batallón de Cáceres, al convertirse en Regimiento, propicia el aumento de la población de Cáceres, que conoció las penurias de la falta de agua en los calurosos veranos cacereños. Sin que la llegada de Aldea Moret supliera adecuadamente tales carencias.

Eran aquellos años de la primera década del siglo, cuando dos empresas cacereñas, Molano en la construcción y Molina en carpintería, se pusieron de moda, hasta el punto de quedarse con las obras más importantes que en la ciudad se levantaban, entre ellas, la Casa de las Borrega, que hasta hace unos años albergó los servicios de la Cruz Roja. Tal circunstancia hizo que los medios del sector de la construcción se les motejase con el apodo de LA MANO NEGRA. Aunque en 1910 la Casa del Millón, fuera Mateo Rico su maestro de obras.

Por aquellos años arribaron a Cáceres dos personajes. Uno fue don Manuel Castillo Quijada. El otro, el Dr. Salgado.

El primero fue uno de tantos forasteros, que a lo largo de nuestra reciente historia, han caído, como vulgarmente se dice «de pie» en nuestra ciudad.

Profesor de Francés en el Instituto de Segunda Enseñanza, del que también fue director. Director del periódico que fundasen los Muñoz Chaves: EL NOTICIERO. Impulsor de las Cantinas Escolares, en las que no poco colaboró la Familia Muñoz de San Pedro y donde se crearon vínculos de sincera amistad entre la familia de aquel profesor y la del conde de Canilleros.

Vivió Castillo Quijada y su familia en loor de popularidad en nuestra ciudad. Donde su presencia en cualquier lugar, no pasaba inadvertida., como no pasó para aquel gacetillero taurino que en una corrida de toros de la Feria Mayor, al repasar a las personas que llenaban los palcos del coso , relaciona a quienes las ocupaban y entre ellas a las hijas del señor Castillo, cuya belleza ensalza.

Don Manuel Castillo se trasladó a Valencia hacia 1917, para ejercer el profesorado en la Ciudad del Turia, donde también fue Consejero Regio de Bellas Artes.

Del Doctor Salgado se afirma fue el primero que operó la apendicitis en Cáceres. En su mente bullían ideas de renovación social, cercanas al Socialismo, con una buena dosis anarquista. Honrado, pero vehemente en todos sus actos y también en el seno de la organización donde él trató de canalizar sus ideas: La Casa del Pueblo.

Entre sus aficiones destacaba la Caza, pero era un fatal tirador, aunque eso sí, muy atrevido en sus incursiones en los cotos, donde, cuando los guardas le sorprendían, se presentaba como el Dr. Salgado, y, sacando toda su artillería ideológica, les hablaba de que la propiedad era un robo y que aquel coto tenía que ser cazado por cualquier mortal. Los guardas por respeto y desbordados por la facilidad de palabra de tan singular furtivo, lo dejaban marchar, sin más. Mas un día tropezó con uno de nombre Cristo, a quien no sorprendió la identidad del doctor ni tampoco sus razonamientos sobre la propiedad, y, cortándole autoritario, le dijo: «Pues yo soy Cristo y ...en Dios que si no se va pronto le pego dos tiros» Tan inesperada advertencia, sorprendió al doctor, que se marchó un tanto corrido.

El incidente fue comentado en la ciudad de forma un tanto burlesca. Como comentado fue el disparo, que en la Casa del Pueblo realizó, tras acalorada discusión, afirmándose que la bala tenía como destinatario a Maderal Vaquero (que de aquí adelante lo veremos como guinda de muchas tartas y tartas de muy diversos colores), a quién, haciendo gala de su mala puntería, ni siquiera rozó.

Ello costó al Dr. Salgado su extrañamiento, por buenas composturas, marchando de Cáceres hacia Valencia

Sin duda, en la casa de don Miguel Muñoz, siempre atenta a los sucesos de la vida cotidiana de la ciudad, se comentaría la negativa del cabildo de la parroquia de Santa María, a la demanda del municipio de celebrar honras fúnebres por el alma, del recién fallecido Hijo Adoptivo de Cáceres, el político don Segismundo Moret y Prendergast. Negativa que parece se debió al «tufillo» masónico que exhalaba el político gaditano, circunstancia que ya había marcado la polémica, años antes, en torno al establecimiento de un templo parroquial en la barriada minera que llevaba su nombre: Aldea Moret.

Era ya el Conde de Canilleros un joven con preocupaciones literarias e histórico- artísticas, al concluir la Primera Guerra Mundial. Vería espectante la división de sus conciudadanos en dos grupos de opinión: germanófilos y aliadófilos, y con sus diecinueve años, conocería de aquella comida en el Café Viena de los aliadófilos cacereños, que celebraban, de este modo, el triunfo, de franceses, ingleses y americanos, sobre los Imperios Centrales, brindando, todo un símbolo, con champang francés, y donde se reunieron algunas personas, entonces sin gran predicamento en la ciudad, y otros como Narciso Maderal Vaquero, director del Noticiero, que, habiendo dejado muy lejos su oficio de tipógrafo, años después sería el primer alcalde falangista de la ciudad, tras haber sido movilizado, como capitán de caballería, el que lo fue desde 1936, don Luciano López Hidalgo.

El aristócrata don Miguel Muñoz, tal vez, en aquellos días de la guerra mundial, no se daría cuenta de que una nueva clase social, de comerciantes e industriales, más de aquellos que de estos, comenzaban, gracias al negocio fácil, que la guerra propició (dada nuestra proximidad a Portugal, uno de los beligerantes, cuyos puertos eran utilizados para el abastecimiento de la Real Marina Británica), a incrementar su influencia en la ciudad.

Era un Cáceres que había inaugurado en la Plaza Mayor un hotel capaz y bien instalado, el Hotel Europa

Y también, llegaba el Teléfono de la mano de dos hombres inquietos, don Raimundo Parras, comerciante establecido en la calle Pintores y un militar don Federico Serradel, ligado a una familia de comerciantes cacereños.

No pasó desapercibida para él, la lucha electoral, mantenida entre don Eloy Sánchez de la Rosa y Vitórica por un escaño en el Senado, a dirimir en Cáceres. Era entonces Vitórica, por estos pagos, un desconocido, pero pronto adquirió popularidad.

El recién establecido Regimiento, en cuya consecución tuvo Vitórica buena parte, fue invitado por él y en su totalidad, a presenciar a su costa la Corrida de toros de Feria de 1920, en la que hicieron el paseillo Angelete y Sánchez Megias. Pero había sido el día de aquellos comicios, cuando la munificencia de Vitórica se hizo ostensible al iniciar el premio, para sus votantes, de diez pesetas por papeleta. Su contrincante, don Andrés Sánchez de la Rosa, había iniciado la singular puja, pagando cinco pesetas y cuando subió su oferta a diez, los de Vitórica alzaron la puja a veinte.

Entre el temor, la duda y la satisfacción se debatiría la Familia Muñoz de San Pedro, al conocer telegráficamente por el periodista Señor Cadenas del diario La Montaña, la noticia, recibida telegráficamente en dicho periódico, del nombramiento de un miembro de ella, don Rafael Durán Martín, como Gobernador Civil de Valencia. El temor, era lógico, dado el clima de agitación, del que constantemente daba noticias la prensa, existente en la Ciudad de las Flores, con sus constantes huelgas y violencias en medio de un clima de profunda agitación social, con personajes destacados, como el Chato de Cuqueta.

La duda surgía, cuando cada cual se preguntaba si aquel hombre, don Miguel, sería capaz, con su espíritu aparentemente apocado, de resolver los no pequeños problemas de todo orden que en Valencia le esperaban. Duda que era «voz populi» entre todos los cacereños, tan dados a minusvalorar lo propio y encumbrar lo ajeno.

La satisfacción era lógica: ¡Un miembro de la familia designado para tan alto cargo!

Varios criados de la casa del abuelo del Sr. Muñoz de San Pedro, fueron dispuestos para marchar a Valencia, con el fin de que dispusiese el nuevo gobernador de un servicio de personas fieles a la familia. Entre ellos, Cándido Valiente, «el Tirillas», antiguo encargado de caza de la casa. Algo así como el Montero Mayor de los Muñoz de San Pedro, buen conocedor de tal arte, con excelente puntería que daba fe de su pasado, como cazador furtivo. De él recibió el nuevo gobernador lecciones que le permitieron no quedar en ridículo, cuando era invitado a las cacerías, sobre todo de patos en la Albufera.

Tirillas, por su parte, ingresó en la Casa del Pueblo, se mezclaba entre los huelguistas, asistía a los mítines más furibundos. Quedándonos la duda de si compartía tales ideas, o, por el contrario, lo hacía por servir mejor a don Rafael, del que fue confidente, prestándole una inestimable ayuda, que le permitió, con sus noticias, al gobernador adelantarse a no pocas situaciones conflictivas.

En Valencia (tras la llegada un tanto accidentada de don Rafael a la sede del Gobierno Civil, en la calle de la Paz, donde nadie le esperaba, y a donde arribó ya de noche, portando su maleta, pues entre las dieciocho huelgas que aquel día «disfrutaba la ciudad», se contaban la de taxis, tranvías, telégrafos y teléfonos, sorprendiendo al Secretario del Gobierno ya acostado), se reencontraron las familias Durán Muñoz con la de Castillo Quijada.

Castillo Quijada desde posiciones republicanas, se había acercado en Valencia a las izquierdas, y su renovada amistad, fue un apoyo para el triunfo de don Rafael, como lo fue la colaboración leal del doctor Salgado; pues ambos aconsejaron al gobernador sobre determinadas reformas justas e inaplazables en lo social, que nada tenían que ver con las reivindicaciones de los elementos más demagógicos.

Valencia carecía de pan, en el Grao varios barcos, cargados de harina esperaban su descarga, impedida por la huelga de los trabajadores portuarios. Don Rafael en persona se dirigió al puerto y ordenó a la policía gubernativa que iniciaran ellos mismos la descarga y con carros de los organismos oficiales se distribuyó la harina a las panaderías. Al día siguiente había pan en Valencia.

A finales del verano de 1919, sacó al agro levantino, un grave problema, que le amenazaba con quedar la cosecha de arroz sin reco-

ger; pues la huelga de los trabajadores del campo que el Chato de Cuqueta y otros animaban, sembraba el caos en la recogida del cereal. Recibió don Rafael a los representantes de los obreros, concediendo sin más las once pesetas de jornal que demandaban; mas su negativa fue contundente a su otra reivindicación: Que se les pagaran los jornales perdidos por la huelga.

Las noticias que llegaban de Valencia eran muy halagüeñas para el hacer de aquel gobernador, hasta el propio Castillo Quijada, mostraba su admiración, no exenta, también, de sorpresa por la eficaz gestión del Señor Durán, en artículos enviados desde Valencia y publicados en El Noticiero cacereño.

Yo mismo tuve ocasión de comprobar la aureola dejada por este familiar, tío de don Miguel Muñoz de San Pedro, en la capital del Turia. Fue al terminar una sesión de trabajo, en un Congreso al que asistí, celebrada en el Monasterio del Puch. En la misma había expuesto una comunicación sobre aquel cacereño gobernador civil de Valencia. Un señor ya anciano me dijo: Bien todo lo que Vd., ha dicho; pero le voy a decir algo que es lógico desconozca Vd. «El día que se marchó, es cierto que el pueblo valenciano, desenganchó los vagones de ferrocarril, mostrando así su disconformidad con su salida de Valencia; mas en la misma escalera del vagón allí me encontraba yo, a la sazón, niño de poca edad y entrometido, tanto que pude escuchar de la boca del Alcalde republicano de Valencia estas palabras, dirigidas a don Rafael, *ha tenido que venir Vd., a Valencia, para que yo me sienta obligado, a acercarme hasta esta estación, a despedir a un gobernador ciervista.*

La guerra todo lo trastoca y en la familia del conde de Canilleros, aún a pesar de sus diferencias ideológicas, se sentiría la marcha de la familia Castillo Quijada hacia el exilio, en Méjico. Desde donde su hijo, sin familia y con una regular fortuna, se acordó del Cáceres de su juventud, dejando sendas mandas testamentarias para las facultades establecidas en Cáceres, por lo menos para la de Filosofía y Letras, y para una institución benéfica.

El negocio fácil, que la guerra suscitó, no llegó a todos y la intranquilidad social era una amenaza que pesaba sobre aquella sociedad cacereña alegre y confiada que festejaba ya la mesa de San Antón, fuera de su ermita, hacía casi treinta años, como se ha dicho, derribada, víctima de la apertura de la vía urbana donde se encontraba encar-

dinada, abriéndose así el calendario festivo de Cáceres; para seguir con la obligada cita en el Paseo Alto, para festejar a los Santos Mártires, con aroma a coquillos; y reunirse el todo Cáceres en la Plaza Myor, el 23 de enero, al reclamo de la mesa de N<sup>a</sup>. S<sup>a</sup>. de la Paz cuya concurrencia facilitaba, el coincidir con día festivo, fecha de la onomástica del Rey. Precisamete la advocación y cofradía de Nuestra Señora de la Paz tan ligadas a su familia. Después, llegarían las Candelas y San Blas con su carga de tipismo.

Tras el paréntesis cuaresmal, la primaveral romería de los alrededores del Santuario de la Montaña y la visita al Real de la Feria en uno de los días feriados, tal vez para admirar algún lote de esas vacas blancas, que algunos consideran nos trajeron los Romanos y de las que la familia Muñoz de San Pedro poseía en buena cantidad, según mis noticias.

La tradicional tranquilidad de la ciudad quedaría rota con la aparición en las calles de Cáceres de un clima de protesta en junio de 1920, cuando pasadas unas brillantes Feria y Fiestas de mayo, todo invitaba al tradicional sesteo en medio de la rigurosa canícula cacereña. La diferencia entre precios y salarios, aquellos en continua alza, desde 1914, en contraposición con unos salarios *casi congelados*, se hizo sentir, sobre todo en la economía de las familias de asalariados, con caracteres de singular dramatismo al que ponían especial acento algunas familias sin trabajo, como punta del iceberg de la crisis económica que se avecinaba.

A ello se sumaban otros fundados motivos para la protesta. Por aquí, en muchos sectores, por ejemplo el comercio (sin que fueran menos duras las condiciones de que gozaban las oficinas particulares), se continuaba con horarios de este tipo: De cinco de la mañana hasta las doce de la noche, con tres horas para comer y dormir la siesta, mientras que en el invierno se comenzaba a las seis de la mañana y no se cerraba antes de las diez de la noche. Sin descanso dominical completo, sólo por la tarde se vacaba. Sin inscribir muchas empresas a sus empleados, ni cotizar por ellos a aquellos balbuceos de Seguridad Social que fueron las Mutualidades y la Perra Gorda.

El de sol a sol con una hora y media o dos para comer, era el horario de la construcción o de otras actividades entre las que se encontraba la agrícola.

Así, se hacía caso omiso por estos pagos y por no pocos empresarios, de los primeros logros sociales que se iban consiguiendo. Y todo ello, a pesar de la existencia de un inspector o inspectores que o no se enteraban o no querían hacer frente a tan injusta situación.

El aldabonazo fue tremendo aquella tarde del día quince de junio de 1920, en que un grupo mujeres de Cáceres se echaron a la calle; aunque el grupo de conocidas prostitutas de la ciudad que encabezaba la manifestación, desvirtuaba aquella protesta, como bien apuntó en un artículo, en el periódico EL NOTICIERO, su director Maderal Vaquero. Protesta que se exacerbó ante los comentarios poco afortunados, realizados ante las manifestantes por un conocido comerciante de tejidos cacereño

Al día siguiente, aquella protesta, ya generalizada, convirtió a la Plaza Mayor en campo de Agramante, con la presencia de la guardia civil a caballo, el refugio de los huelguistas en los soportales de la Plaza Mayor, especialmente el Portal Llano, desde donde se hostilizó e insultó a las fuerzas de orden público que se vieron en la necesidad de cargar, repetidamente, para desalojarlos, entrando en ellos por la calle de Ezponda, no faltando, entre los de la guardia civil, heridos, e incluso la ruptura de brazos a alguno de ellos que conocimos, ya en su senectud, y que se nos explicó por nuestros mayores, al preguntar por que no movía el brazo, la causa de su semimovilidad. Aquella tarde, fuerzas del Regimiento de Segovia 75 tomó la Plaza Mayor, ordenando el capitán que las mandaba, que la Guardia Civil abandonase aquel recinto; cosa que hizo en medio de insultos y amenazas. Haciéndose cargo de la custodia de edificios y del orden público los militares, terminando así los desórdenes

La huelga, calificada por los jueces de ILEGAL, concluyó en proceso y penas de prisión. Situación que se alargó durante años, con el consiguiente desasosiego entre las familias afectadas y, algunas campañas favorables al indulto, como la que propició el periódico El Magisterio Cacereño, dirigido por don Raimundo Rodríguez Álvarez. Tanto el nuevo obispo de la Diócesis, don Pedro Segura Sáez, con su influencia en la Casa Real; como don Juan Vitórica Casuco, el hombre que de desconocido, en el año dieciocho, se convirtió en un gestor eficaz para todas las necesidades e inquietudes de la Provincia, sumaron las suyas a las peticiones de indulto.

Don Pedro Segura, simboliza la llegada de nuevos aires a la Iglesia diocesana. Con grandes preocupaciones sociales, impulsó la creación de los Sindicatos Católicos, y sobre todo el Agrario, hizo del Palacio del Marqués de Camarena la Real, el Palacio de la Generala, legado a la Diócesis por aquel noble, un centro de gran actividad. Sede de los Sindicatos Católicos, de entre los que destacaba, como se ha dicho, el Sindicato Católico Agrario, que adquirió una amplia parcela de terreno en el Charco Colorado, donde se construyó una Ermita, para venerar a San Isidro y que conocimos en pie y con culto, incluida Fiesta y Procesión, todos los días 15 de mayo, en un tiempo en que el Servicio Nacional del Trigo utilizaba aquellos almacenes y el Sindicato de Frutos y Productos Agrarios, organizaba tales cultos, hasta que aquellos terrenos pasaron a ser propiedad de Frutos Gómez Izquierdo, que convirtió la Ermita en almacén.

También fue un pionero del impulso de los medios de comunicación de la Iglesia y en Cáceres se adelantó a los tiempos, fundando el Diario Extremadura, cuyos talleres, quedaron establecidos en el mismo palacio de la Generala, al igual que las distintas secciones de la Acción Católica Cacereña. Después tristemente cerradas.

Muchas veces cuando la llamada movida cacereña es atacada desde muy distintos frentes, pienso, que con el cierre de aquellos centros de Acción Católica se dejó a los niños y a los jóvenes en la calle, forzados a buscar el entretenimiento en sus momentos de ocio, en o en la calle, lugares, en muchos casos de dudosa moralidad, donde el alcohol o la droga puede encontrar fácil caldo de cultivo. Alguna vez he dicho que aquellos centros podrían tener defectos, pero en lugar de corregir éstos, «los derribamos» y pusimos a la juventud de los sesenta en plena calle. El cierre de tales centros fue una consecuencia más de un repliegue de las fuerzas de la Iglesia que se generalizó en la España de los últimos días del Franquismo y la Transición.

D. Arturo Aranguren alcalde de Cáceres canalizó no pocas inquietudes durante su mandato, entre ellas la posibilidad de ver a Cáceres en una línea aérea, pues así lo imponía su equidistancia, en 1927, entre Madrid y Lisboa. Ello suscitó el proyecto de la Construcción de un Aeródromo y la causa de que se iniciará un expediente de cesión de terrenos para construirlo, con fachada principal a la carretera de Gijón a San Juan del Puerto, la actual, *desgraciada, incapaz e inadecuada*

*Nacional 630* que yo, a la vista de cómo está, sobre todo a su paso por nuestra provincia, llamó con dolor el «Camino Vecinal 215», aunque reconozca que muchos caminos vecinales de nuestra provincia son más capaces que ella y no digamos muchas comarcales, en comparación con el tráfico que soportan. Pues bien lo que comenzó por ser un aeródromo civil, se convirtió pronto en militar, pues la mayor autonomía, adquirida en poco tiempo, por los nuevos aeroplanos comerciales, les permitía hacer el vuelo directo desde Madrid a Lisboa.

En aquel expediente, como en el de la cesión de los terrenos para el nuevo cuartel del Teso quedó bien de manifiesto la preparación jurídica del Señor Aranguren que supo preservar, como pocos, los intereses de su ciudad, con tales cesiones finalistas y a la vez asegurar quién sabe si el futuro de tales usos, aunque en el caso del aeródromo sirviera sólo para prolongar su agonía durante los años que siguieron al conflicto bélico civil, en cuyo inicio sufrió una gran ampliación; lo mismo que fue dotado de especiales elementos de refugio y defensa, en los días en que la Guerra Mundial se mostraba amenazante sobre España.

El Ayuntamiento de la Noche de San Juan, constituido en 1929, y así denominado por haberlo sido en tan fantástica noche, fue el último de la Dictadura de Primo de Rivera. Pero su inquietud fue grande, hasta el punto que este Ayuntamiento fue el que aprobó la apertura de la actual avenida de N<sup>a</sup>. S<sup>a</sup>. de la Montaña, con plaza circular en su conclusión, también, el que mal orientó su acción a levantar un mercado de Abastos, lo más antihigiénico, angosto, antiestético, incapaz, de difícil acceso para los vehículos y hasta para las personas que imaginarse pueda y que fue causa del derribo de todo un lienzo de muralla, el comprendido entre las torres del Horno y de la Hierba, cabe al Ayuntamiento.

La Real Academia de Bellas Artes, conoció a distancia tal despropósito e inició, para evitarlo, el Expediente de Declaración del Cerco Amurallado de Cáceres, como Monumento Histórico Artístico, con el disgusto de los políticos locales que veían esfumarse su proyecto. Encargado de realizar el pertinente informe fue Don Antonio Floriano Cumbreño que fue describiendo minuciosamente las distintas torres y lienzos de la muralla, entre ellas comprendidos, propuestos para tal declaración. Así de la torre de Bujaco a la de los Púlpitos; de ésta a

la del Horno.....; de la de la Hierba a la del Postigo. Don Antonio dejó sin enumerar el lienzo de muralla, comprendido entre las torres del Horno y la Hierba, donde precisamente se pretendía construir el Mercado. Olvido que queremos creer fuera involuntario, pero que llenó de complacencia al Ayuntamiento cacereño; pues el decreto de declaración enumera «ad pedem literae» el contenido del informe del Sr. Floriano, dando al olvido respaldo legal.

Se lamenta el Conde de Canilleros de tal hecho en su repetido libro *La Villa de Cáceres*, al incidir en que era el mejor conservado de los lienzos de nuestra muralla, pero saluda la compensación que tal pérdida trajo para Cáceres con el hallazgo en el derribo de la piedra con la epigráfica inscripción que la Colonia Norba Cesarina dedicó a su Patrono el General y Cónsul Lucio Cornelio Balbo, hoy, y desde hace años, colocada en el Despacho de la Alcaldía cacereña, como antes lo estuvo en el primer tramo de la escalinata principal del Ayuntamiento cacereño.

Acabó la Dictadura y don Miguel detecta a la perfección, las aventuras de los transfugas, que de monárquicos destacados la víspera, habían sufrido una profunda metamorfosis, que les llevó a convertirse en furibundos republicanos, mientras que muestra un respeto exquisito hacía aquellos que siempre fueron fieles a sus ideas, aunque el no las compartiese, y apuntemos el dato lo hizo en 1953, año en que tales asertos podían comprometerle.

En esta su línea de pensamiento zahiere a Bergamín Sánchez Guerra y Alcalá Zamora entre otros, que habían ocupado en la monarquía puestos privilegiados y contado con la confianza de Alfonso XIII.

A ellos califica de resentidos y en el caso de Alcalá Zamora por azares de la vida, creo saber la causa o una de las causas, que informaron tal cambio.

Un buen día una sobrina suya me refería lo que de todos es conocido: La afición que Alfonso XIII tenía por las Monterías en Sierra Monrena y sus periódicas presencias en Córdoba, aunque solo fuera para apearse del tren o tomar este en su regreso a Madrid.

Eran cacerías en que don Alfonso gustaba de la presencia del viejo torero, ya retirado, Rafael Guerra, que al dirigirse a don Alfonso siempre le decía: «Oiga Vd., Rey.» El monarca un día le iba presentan-

do, citándolos por su nombre y profesión a eminentes, catedráticos, destacados médicos, importantes políticos, adinerados banqueros y por último, y entre ellos, al Obispo de Córdoba, sin que el Guerra fuera presentado, a su vez, a tal nómina de personajes. El viejo torero se volvió hacia don Alfonso y, algo airado, le dijo: MiraVd. Rey que yo en lo mío fui Papa.

Menos amable y de gran repercusión fue una tarde dominguera en que don Alfonso, tras la comida final de toda montería, llegaba a la Estación de Córdoba para tomar el tren, conocedor de ello, don Niceto Alcalá Zamora, a la sazón Diputado por Córdoba, se apresuró a ir a la estación provisto de un Discurso de bienvenida al Monarca, que había perfilado y pulido, el político de Priego, con esmero; Cuando se disponía a sacar los folios del mismo, en el andén de aquella estación, ante gran concurrencia de personas y personajes, don Alfonso que en aquella ocasión no estaba para cosas serias ni protocolarias, le dijo: Niceto no es momento para estas cosas, llevándole la mano al bolsillo como indicación de que se guardase aquellos, sin darse cuenta que la mayor a un político español es abortarle un discurso. Desde entonces Niceto Alcalá Zamora sintió una aversión interna pero fuerte hacia don Alfonso XIII y en su fuero interno, ante el ridículo, pronunció el *Delenda est monarchia*.

En esta coyuntura viene a mi memoria una conferencia que en la Universidad de Sevilla recibí, en un ambiente político muy cargado. Convocado como alumno de Formación del Espíritu Nacional, 2 en el curso segundo de mi carrera, asignatura que sería la última vez que la cursaba; pues en el plan de estudios de los cursos siguientes no se contemplaba. El profesor fue recibido con una expectación tensa, se susurraba: *a ver que nos cuenta éste*.

Y comenzó así su disertación: En España, tuvimos una Monarquía sin monárquicos. Una Unión Patriótica sin Patriotas. Una República sin republicanos, Una Falange sin falangistas, pero gran cantidad de militantes en todas esas opciones, mientras estuvieron en el poder; pues sólo fueron a ellas en busca de su medro personal.

Esta fue la España que le tocó vivir al conde de Canilleros y tal vez fuera la que le alejó de su querido Cáceres, para establecerse en un piso en Madrid alrededor del año 45. Estancia en Madrid que don Miguel aprovechó en el estudio, la investigación y sus habituales ter-

tulias con la intelectualidad madrileña: Rodríguez Moñino, Foxá, Cosío y otros muchos intelectuales, allí afincados.

Ya en los años cincuenta su presencia en Cáceres fue más habitual, coincidiendo con dos políticos, a los que no cabe duda asesoró y ayudó, primero al que fuera Gobernador Civil de la Provincia, don Antonio Rueda y Sánchez Malo, que tanto hizo, para iniciar el Turismo en nuestra Ciudad. En sus días un cacereño, el ingeniero don Jose Acha Asensio apostó fuerte, creando la Sociedad que inauguró el HOTEL EXTREMADURA, con sus tres estrellas, dispuesto a recibir a un turismo de elite. Libros como *Cáceres*, del Conde de Canilleros, con comentario en Español, Inglés y Alemán y fotografías en blanco y negro y no pocos folletos en los que se adivinaba su pluma, fue la colaboración prestada a dicho gobernador civil, que emparentó confamilia del Conde, a través de su hermano, magistrado de esta Audiencia Territorial, y al que, tal vez, aficionó a las cosas del Arte, pues nada más que llegar a Valencia, para ostentar el gobierno civil de aquella provincia, inició, todavía se recuerda y agradece, la Restauración del Monasterio de N<sup>a</sup>. S<sup>a</sup>. del Puch.

El otro político, al que asesoró y aconsejó en todo lo relativo a nuestra Ciudad monumental, fue a su amigo don Alfonso Díaz de Bustamente y Quijano, en la larga serie de restauraciones llevadas a cabo en la Ciudad Monumental cacereña y en otras proyectadas, que el Conde de Canilleros, con su muerte, en abril de 1972, no alcanzó a ver concluidas.

ANTONIO RUBIO ROJAS